

LA UNIVERSIDAD ARGENTINA Y SUS PROBLEMAS (*)

I. INTRODUCCION

1. *Un problema ingente*

Yo también quisiera tener hoy la inspiración de decir verdades aunque sean amargas, aunque muchos después de esta oración mía digan que es reaccionaria o que un europeo no es capaz de captar las necesidades de la Universidad argentina. Pues la Universidad, por lo mismo que es la más alta de las gradaciones culturales, no es propiamente argentina, ni es uruguaya, ni peruana, ni cubana, ni siquiera europea; es universal. Por eso sus categorías —como yo quisiera demostrar ahora—, no pueden ser concebidas de ese modo que muchos han querido, como si pretendieran extraer del mate o del poncho una Universidad inédita hasta ahora.

En primer término deseo advertir que al enfrentarme con el problema de la Universidad, he de hacerlo con toda la congoja que sobrecoge a hombres responsables cuando abordan problemas de enorme eminencia.

A algunos de nosotros, españoles, nos importaba desde hace muchos años. Quiero recordar que este verano, en Chile, en una de esas Universidades de estío, de Santiago, de Valparaíso o de Valdivia, tan extraordinariamente acogedoras, hube de decir algunas palabras después de que hablara un profesor, ya nacionalizado chileno, que lleva más de cuarenta años en sus aulas, pero que es de origen ruso, el doctor Lipschütz. El conocido médico, a quien hago referencia, nos de-

(*) Conferencia pronunciada en el Aula "Alberdi" de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, con motivo de la inauguración de Cursos en dicha casa de estudios.

cía, con grande, con ecuánime sinceridad: “cuando yo era muchacho, cuando yo estudiaba, esos temas universitarios no preocupaban”. Y es exacto: no tenían por qué preocuparle, puesto que según veremos en este muy rápido recorrido que quisiera hacer a través del tiempo, la actual crisis universitaria no comienza propiamente hasta 1914. Lipschutz, que es ya un hombre septuagenario, que había estudiado en las Universidades alemanas y rusas, no alcanzó, como alumno, el momento en que éstas entraron en crisis; en cambio, por razones que no es este el instante oportuno de exponer, en España esos problemas ya se habían iniciado cuando los hombres de mi época pasábamos por sus aulas y como algunos de nosotros tuvimos vocación universitaria casi desde que nos sentábamos en los incómodos bancos de la Calle Ancha de San Bernardo, sentíamos el enorme desasosiego que la Universidad española tenía, aún cuando la europea entonces no atravesaba dificultades de especie alguna. Por eso nos preocupamos mucho de las cuestiones universitarias.

Después he recorrido casi toda Europa y he estudiado principalmente en Alemania y Suiza, viendo lo que eran las Universidades en los días anteriores a 1914.

2. *Bosquejo histórico*

En verdad, ya para esos años, las Universidades se habían transformado, y ello se veía en Francia de un modo muy claro, donde más que una “universitas” —ya veremos después lo que esto quiere decir— había *varias* Facultades: una Facultad de Derecho o una Escuela de Derecho; una Facultad o una Escuela de Medicina; una Escuela de Farmacia; una Facultad de Ciencias y otra de Filosofía, Historia y Letras. No había Facultades de Ingeniería, de Agricultura, ni de Arquitectura; porque en Europa estas son profesiones técnicas especiales, que se estudian en los Politécnicos y no dentro de la Universidad.

Reconozcamos que a pesar de estar así fraccionada, la

Universidad cumplía su misión; no el antiguo menester de la “universitas” que se puede tomar en muchas acepciones; pero sí la de formar buenos profesionales y la de investigar; no como lo hicieron los universitarios del siglo XIII, en donde realmente con el *trivium* y el *quadrivium*, lo que se hacía era lo que hoy denominamos bachillerato, enseñanza secundaria o “Colegio Nacional”.

No, no se estudiaban ya esas materias que formaban al hombre culto, sino que poco a poco habían ido disgregándose los claustros sabios en escuelas. La Universidad de Bolonia desde su origen fué característicamente escuela de Jurisprudencia. Destaquemos, pues, que al hacerse complicadas y científicas las profesiones, la vieja Universidad se fué concretando y diversificando en escuelas. Pero realmente la palabra Universidad, que nos la explica el Rey Sabio —haciendo, como en su gigantesco Código de las Siete Partidas, recepción del pensamiento romano, y en este caso de un vocablo latino al que da contenido moderno en su época—, no es otra cosa que “ayuntamiento de profesores y estudiantes”. También podemos tomar la palabra “Universitas” como el lugar o el sitio, aún cuando no sea lugar y sitio material determinado, en que se abarcan todas las ciencias.

Al tocar este último sentido del vocablo “Universidad” surgen cuestiones ingentes y de superlativo interés, sobre todo si lo relacionamos con lo que ahora ocurre en la Argentina, en donde constantemente estamos escuchando que hay que dar un sentido *social* a la Universidad.

II. LA UNIVERSIDAD Y LA VIDA INTELECTUAL

3. *La plenitud*

La Universidad —como señala con certera observación Julián Marias— ha pasado por tres grandes períodos. Durante los siglos XIII y XIV y hasta comienzos del XV, la Universidad abarca toda la intelectualidad; todo lo intelectual

está dentro de ella. Se facilita esta exclusiva absorción porque en la Universidad se habla el latín y porque es el latín la única lengua sabia. Por otra parte ese exclusivismo universitario tiene universalidad topográfica, por la unidad del latín, y así vemos —un siglo después— a Juan Luis Vives unas veces en España, otras en Brujas; exactamente igual acontece con otros muchos hombres que fueron famosos en Bolonia, en París, en Salamanca o en Praga.

Por otra parte, la intelectualidad se hallaba muy reducida y los conocimientos apenas si pasaban de ciertos libros famosos, que el Profesor leía. Aun en Alemania cuando un profesor se jubila, dicen: “ya no lee”, y todavía nosotros decimos “la lección”, aunque no leemos en clase.

Se leían por ejemplo los textos del Derecho, las Decretales y sobre lo leído se hacía una serie de comentarios y razonamientos; se establecían una serie de conclusiones; se desviaba el Profesor incluso de los maestros o los atacaba. Y lo mismo acontecía en materia filosófica, cuando se leía, por ejemplo, la *Summa Theologica*. Esto es lo que en pasados siglos se hacía en la cátedra: se leía, porque no existiendo la imprenta o siendo, más tarde, escasísimos los libros impresos, el alumno no podía consultar las fuentes.

Advirtamos que en la Universidad española, durante los pasados siglos, había, a pesar de lo dicho, activa participación del estudiante. El profesor “bajaba al poste”. Ir al poste se decía, cuando el catedrático, recostándose en la columna que soportaba la tribuna, recibía las consultas o preguntas de los alumnos. Más todavía, y esto acaso produzca estupor a profesores y estudiantes argentinos que creen que la “reforma” de 1918 *inventó* la participación del estudiante en la vida universitaria, el Rector de las Universidades medievales españolas podía ser un estudiante. Pero —¡cuidado!— entonces el alumno no sólo no había desertado de los claustros como hacen hoy los argentinos, sino que vivía en ellos. Quien recorra por ejemplo la ciudad de Salamanca, se encontrará que en todo el derredor de la Universidad hay edificios universita-

rios; verdadera ciudad universitaria, pero auténtica. Los alumnos vivían allí, estaban interesados en todos sus problemas; no pensaban tan sólo en el desagradable momento del examen, para marchar después, gruñendo con más o menos discreción por la nota que el profesor les ha otorgado.

En aquella época (siglos XIII, XIV y principios del XV) no se concebía otra vida intelectual que la de dentro de la Universidad. Nadie puede concebir a un Santo Tomás fuera de la Universidad. La Universidad vive absorbiendo ella todo el prestigio intelectual del mundo hasta mediados del siglo XV.

4. *La primera crisis*

¿Qué pasa luego? El Renacimiento ha destruido las ideas que podíamos llamar medievales; todos los sistemas han quedado anticuados. Aquella figura extraordinaria de Leonardo Da Vinci, pensó que era posible volar, y que era necesario saber anatomía para poder pintar. Es el hombre completo que enseña y que practica. Lo mismo está arreglando la tubería de la Señora de Sforza, el "Moro", que está pintando la excelsa, la extraordinaria cabeza de Jesús en aquella "Cena" que todavía podemos contemplar muy borrosa en Milán. Aquel hombre extraordinario significa lo que el renacimiento fué: la destrucción de todos los moldes que se tenían antes por ciertos. Las Universidades no quieren ponerse entonces a la par de su tiempo y viven aisladas. Poco a poco la Universidad va perdiendo su prestigio. Por eso debemos pensar: ¿es posible que un Erasmo estuviera entonces en la Universidad y enseñara en ella? ¿Pudo un Galileo, perseguido por la Inquisición, decir en la Universidad que la tierra se mueve? Ninguno de ellos vive en la Universidad como tampoco estuvieron en ella ni Copérnico, ni Giordano Bruno. Sigamos avanzando en el tiempo: ¿Concebimos a Descartes dentro de unos claustros anquilosados? Tampoco están en ellos ni Leibnitz, ni Pascal, ni Bacon, ni Hume, ni los precursores de la Revolución, como

Rousseau; menos aún los “enciclopedistas”: Voltaire, D’Alambert. En aquellos tres siglos lo mejor de la vida intelectual está fuera de la Universidad y la Universidad amanerada y seca arrastra una existencia sin prestigio. Frente a la anticuada Universidad francesa se eleva pujante el Colegio de Francia, en aquellos tiempos de crisis. Sin el Colegio de Francia la ciencia y la filosofía no se hubieran rehecho, ni la Universidad renacido; lo mismo que no se hubiera salvado la religión católica sin la Reforma. Sin los tremendos empujes que significa el Colegio de Francia para la sabiduría, la Universidad no habría reaccionado; como tampoco la Iglesia católica sin los dieterios feroces de Lutero.

En suma: los hombres que revolucionaron el pensamiento, como Erasmo; quienes ven claro en la mecánica del universo, como Copérnico y Galileo, no están en la Universidad. El último de los nombrados es perseguido por la Inquisición, por el mundo que hoy llamaríamos “oficial”, y en ese mundo estaba inmersa y desarrollaba su vida la Universidad europea. ¿Cómo hubiera podido enseñar en sus claustros estrechos el “ciudadano del mundo” que fué Rousseau? ¿Cómo iban a gestar los hombres de la “Epoca de las Luces” sus ideas revolucionarias en los lóbregos entresijos de los pasillos universitarios?

Por curiosa paradoja, en España la Universidad vivió asumiendo en su círculo toda la vida intelectual española, después de que entrara en crisis en el resto de Occidente. Acaso no sea exacto, como se ha observado, que esto se debe a que los españoles siguieran concediendo vigencia al pensar del Medievo, sino más bien porque Salamanca no cerró sus puertas a la inquietud. Fray Luis de León, uno de sus grandes maestros, fué perseguido por la Inquisición y volvió sarcástico, para empezar su clase con el famoso: “Decíamos ayer”. El Padre Francisco de Vitoria desenvuelve desde la cátedra ideas revolucionarias sobre el Derecho Internacional, y Suárez construye, de nueva planta, la interpretación de la ley, en el ámbito universitario.

5. *La vuelta al monopolio intelectual*

Desde fines del siglo XVIII, todo cambia. Durante el siglo XIX la Universidad como la de los comienzos, absorbe la vida intelectual del mundo. Justo es que determinemos con exactitud fechas. El siglo décimo-nono comienza antes de 1801, y se extiende hasta los catorce primeros años del XX, cuando se amojonan más que períodos cronológicos, etapas culturales. Ese siglo, tan denostado —no ha faltado alguien que le llamase el “siglo estúpido”— es precisamente el siglo de la seguridad. Esto lo sabemos bien los hombres que hemos vivido una parte de nuestra vida antes de 1914. Sólo se habla de dictaduras en países orientales u orientalizados. Vivíamos y respirábamos la libertad lo mismo que el aire, por fenómeno reflejo, y estudiábamos en una Universidad segura y firme porque los conocimientos de entonces no estaban contradichos por pensamientos destructivos de fuera. He aquí porque la Universidad vuelve otra vez a abarcar toda la intelectualidad desde finales del siglo XVIII hasta 1914. No se concibe, desde Wolff en adelante, a un pensador de nota que no habite los claustros universitarios. No podemos imaginar a un hombre como Kant, que esté fuera de la Universidad; ni podemos pensar fuera de ella ni a Fichte ni a Schelling, ni a Hegel, ni, si seguimos avanzando en el tiempo, a Dilthey, Brentano, Husserl, Bergson... para no hablar sino de filósofos. Más todavía, al saber que no enseñaron en la Universidad, Schopenhauer y Comte, nos explicamos que sus pensamientos tuvieran más influencia política que propiamente filosófica. El positivismo comtiano creó un movimiento de influjo político —piénsese en el Brasil y en su bandera—, y lo mismo acontece con Schopenhauer de donde viene, a través de Nietzsche, el superhombre que ensoñó el Tercer Reich.

6. *La presente crisis*

¿Qué ocurre ahora? En el año 1914 se produjo un fenómeno mucho más importante que la guerra misma. Otra

vez, como en el Renacimiento y la Reforma, surgen ideas nuevas; pensamientos y programas, que poseen hoy, si se quiere, un impulso bárbaro, un impulso arrollador. Las naciones que parecían firmísimas durante el siglo XIX, se escinden encontrando sus enemigos no *más allá* de las fronteras, sino *aquende* sus límites de territorio geográfico y jurídico. He escuchado, por ejemplo, en una coyuntura —y con ello, no quiero afirmar, sin más reflexiones, que presto mi adhesión al dicho— proclamar esto a un orador insigne: “yo me encuentro mucho más cerca de un chino que tiene las mismas ideas que yo, de izquierda, de avanzada y de progreso, que de un compatriota mío que posee un ideario conservador”. ¿Qué significa esto, sinó la ruptura de la nacionalidad, el quebranto de las nacionalidades? La terrible realidad de este hecho la hemos comprobado a comienzos de la segunda guerra universal, en que los comunistas franceses tildaban la contienda de lucha entre potencias capitalistas. La guerra no es ya de nación contra nación, sinó que se libra dentro de las propias naciones; entre hombres de distintos signos y de idearios contrapuestos.

El mundo está en crisis y la Universidad con él. Lo mismo que a mediados del siglo XV. La seguridad del pensamiento se ha derruido y, con ella la unidad de cultura universitaria. Fuera de la Universidad pululan otra vez una serie de institutos culturales, porque aquélla no es capaz de abarcar todas las inquietudes. Por otra parte el Estado clásico-burgués quiere defenderse con dictaduras que alcanzan hasta los claustros universitarios, obligados a enseñar la ciencia oficial.

El hecho se ve paladinamente en España. No voy a citar a ningún hombre de ideas avanzadísimas, ni comunista, ni socialista, voy a invocar el nombre de don José Ortega y Gasset, a quien muchos de los que se dicen avanzados han tildado, sobre todo al apreciar su libro “La rebelión de las masas”, de ser un extremo derechista, conservador o reaccionario. Pues bien, José Ortega y Gasset no pudo vivir en la Universidad española de ahora y fundó fuera de ella el Instituto de Humanidades con Julián Marías. Esto lo vemos por doquier. Em-

piezan a surgir "Institutos", "Colegios Libres". Y si hubiera habido una estructura cultural más sólida en la República Argentina y más vocación por el estudio, cuando tuvimos que marchar de la Universidad atropellada por la dictadura, se hubieran fundado "Institutos" varios fuera de ella, como muchos lo deseabamos.

Otra vez nos encontramos, como en la época que sigue al Renacimiento y la Reforma, a causa de la ruptura con el pasado, con que ya la Universidad no llena en el mundo el menester cultural, ni la creación del espíritu, ni la investigación. Y esto no sólo acontece en el pensamiento que es mucho más durable que la ciencia, sino en la ciencia misma. Por ejemplo, en las Universidades norteamericanas —a las que muchos admiran, pero que a mí me parecen en general muy deficientes— se investiga hoy mucho menos que en los laboratorios privados, en cuanto respecta a medicina. Hace muy poco, un hermano mío, médico, le decía a otro compañero que la medicina es de ayer puesto que la realmente eficaz ha empezado con las sulfas y los antibióticos, y ¿de dónde han salido? No ciertamente de la Universidad, sino de los laboratorios farmacológicos privados, que a golpe de dólares han tomado para sí a los mejores investigadores. Y lo mismo diríamos de los progresos físicos que en vez de tener por sede el rincón universitario, se logran en instituciones militares, que adquieren sabios no importa de que país con copiosa retribución en moneda americana, en libras esterlinas o en rublos rusos.

Ello se debe a que una Universidad, con su característica universal, como el nombre lo exige, con su enorme aparato de variadas facultades, con su cuerpo orgánico de autoridades, profesores y alumnos, necesita seguridad, incluso para discutir sin que la disidencia origine la expulsión, la expatriación o la condena. Es decir que otra vez vemos fuera de la Universidad proliferar creaciones intelectuales mal avenidas con el régimen oficial, o que exigen pensar con secreto y garantía que acaso sólo se logran en círculos más estrechos. Por eso se crean instituciones, laboratorios, academias o colegios más pe-

queños y por tanto más ágiles, para poder rectificar errores o seguir técnicas más libres o, como contrario lógico, ejercer más vigilancia en la investigación que precisa no ser extemporáneamente descubierta.

Aunque Julián Marías, que nunca fué Profesor universitario —para desgracia de los claustros docentes—, no se halle propicio a creer que la Universidad volverá a ser lo que fué en el siglo XIX, nosotros somos menos pesimistas. La Universidad ha de renacer aunque se transformen muchos de sus métodos.

III. LAS UNIVERSIDADES HISPANOAMERICANAS

7. *El desamor a la Universidad*

Y ahora sí que no puedo evadirme de tratar de las Universidades hispanoamericanas y en particular de la Argentina.

Estos países, quiéranlo o no, han recibido la cultura, la han copiado, no la han formado ellos, por eso no la sienten y no la quieren como nosotros la queremos. Solo intereses minúsculos y sobre todo ajenos a la vida cultural, impulsan hoy al desatinado deseo de crear Facultades o Institutos por doquier como señalaba el Decano Buonocore con una extraordinaria sapiencia, y poniendo, como nosotros vulgarmente decimos en España, el dedo en la llaga. Carece de sentido esa proliferación impremeditada de Universidades sin pensar en si hay quien explique en ellas, en si hay estudiantes con actitud disciplinar y aptitud discente, que pueblen los novicios claustros; si hay dinero para adquirir libros y aparatos; en si pueden crearse laboratorios, para que las nuevas Casas de pomposo nombre no sean como muchas de ahora, fachada sin contenido.

Lo cierto es que aquí no puede —por la escasa dedicación científica— superarse la crisis con institutos o colegios fuera de la Universidad. Lo que se haría es agravarla. La crisis

existe y cada vez más aguda, *pero hay que superarla dentro de la Universidad nacional u oficial.*

Meditemos seriamente, sin pretextos que escondan los más subalternos intereses, en lo serio que es una Universidad y en lo difícil que es crearla y mantenerla. Incluso crear una nueva cátedra. Recuerdo que un grupo de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, se acercó al entonces Decano, eminente filósofo muy conocido por cierto en la Argentina por haber enseñado en la Universidad de Tucumán: García Morente, para pedirle que se fundara una nueva cátedra referente a la historia de las ciencias, y el Decano le dijo afectuoso: “indíquennme ustedes quien puede explicarla y mañana la creo”. Los estudiantes, que lo eran de verdad, comprendieron a su maestro y no hubo insistencia alguna, puesto que ellos no querían situar a un catedrático amigo o propicio, sino aprender, y mal podían lograrlo si no había quien conociese esa interesante materia. Del mismo tenor es otro comentario burlesco de José Castillejo, enemigo de pruebas y concursos cuando no había hombres que supieran la materia. Por eso decía: “Nosotros hemos descubierto un buen medio, que es la oposición: nadie sabe de egiptología, por ejemplo, pero sacamos a concurso la cátedra de esa materia y se la damos al que mejor haya explicado lo que ~~ha~~ leído apresuradamente en un libro”. Aquellas palabras o estas bur-las indicaban hasta qué punto era difícil crear una cátedra. Pensemos cuán árduo será fundar una Universidad. Para crear una cátedra lo primero que se precisa es que esa cátedra tenga un titular auténtico, y unos alumnos en actitud discipular; no de alumnos tan solo, sino de discípulos. A esa actitud discipular me voy a referir más adelante.

Y ahora sí, quisiera afirmar, después de haber visto qué crisis terrible están pasando las Universidades, la necesidad de afrontar el problema como Buonocore lo ha dicho, quizás no amedrentándonos en demasía, pero tampoco creyendo que la crisis es sencilla y que se va a superar mañana, sin más, ni más, por una especie de arte de magia.

8. La cortina de humo

Lejos de mi ánimo enjuiciar ahora, a casi cuarenta años de distancia, los postulados de la “reforma” de 1918. Supongamos que fuesen en su hora sobremanera oportunos y necesarios, frente a una Universidad de moldes viejos y de cátedras hereditarias. Lo que nadie podrá negar es que si bien logró destruir aquellos viejos estilos no ha logrado alumbrar otras formas universitarias y que el “principio” de “asistencia voluntaria” a clase, se ha transformado en una “costumbre” —casi impuesta por eso mismo— de inasistencia.

Para salvar aquellas “ideas” de hace casi medio siglo, hablan ahora, incluso los más recientes conferenciantes sobre el tema, un lenguaje ambicioso y a ratos hiperbólico, en que demagógicamente se presentan programas o misiones que la Universidad ha de cumplir y que son inalcanzables o que no pertenecen al menester universitario. Como cuando se escribe, por ejemplo, “que el estudiante debe ser sujeto activo de su propio proceso educacional”, cosa que por lo visto consiste en no ir a la Universidad sino a examinarse, *todos los meses*, “ideal” de muchos estudiantes, aunque con semejante método sea absolutamente imposible el curso de la “educación” misma.

Con esa palabrería a menudo insincera y con lanzar a cuantos no se prestan a ese juego el dictado de incomprensión o el de “reaccionismo”, se oculta, a veces, el deseo de obtener pronto un título, no importa cómo, para cobrar muy caras las consultas si es médico o los escritos si se es abogado.

No han faltado estudiantes que arrojando esa careta, han presentado sus aspiraciones al desnudo. Aquí, en esta Facultad de Derecho de Santa Fe, se hizo una encuesta, que alguien calificó de la “encuesta del cinismo”. Hubo algunos muchachos que contestaron: “a mi no me interesa ninguna materia de la Facultad”; “a mi no me importa la vinculación del profesor con el estudiante”. Cuando yo lo supe me dije: me gustaría hablar con esos muchachos porque por lo menos han sido sinceros, han dicho sin ambages su triste verdad. A esos

se les puede convencer de que están en un error. A quienes pensando lo mismo presentan una hermosa cortina de humo o un insincero ramillete de ilusiones y aspiraciones nobles, a esos no se les convencerá nunca, porque de sobra saben que viven contra la verdad.

Hoy vivimos, en efecto, una *época contra la verdad*. No ocurre como antes en que detrás de una etiqueta sabíamos lo que había. Hoy nos hablan de partido “popular”, que es un partido “conservador”; hoy nos hablan de una asociación de fines inocentes (defender la moda de llevar sombrero, o la de ir destocado) y en vez de ese fin se hace, por ejemplo, nacionalismo furibundo. Nos invitan a constituir una sociedad de cultura y es una agrupación movida por los norteamericanos para afianzar su hegemonía. O se hace la propaganda para sembrar la chirimoya y resulta que es la tapadera o cobertura de un grupo comunista. ¡Volvamos a llamar a las cosas por su nombre y no a rebrillar espejuelos para poder cazar infelices incautos!

IV. FINALIDAD Y MISION DE LA UNIVERSIDAD

9. *Distintas estructuras universitarias*

Si arrojamos por la borda todas esas frases y, renunciando a posturas demagógicas, queremos reconstruir la Universidad —acaso sería más exacto hablar simplemente de construirla—, lo primero que se precisaría hacer es elegir el tipo universitario preferible. *Inventar* otro —como parecen creer quienes afirman que un europeo no comprenderá jamás la Universidad criolla— es tan ridículo como “descubrir el Mediterráneo”, o inventar el termómetro cuando es tan fácil adquirir uno de buena marca en la próxima farmacia.

Insisto en que la Universidad es muy antigua y que *tiene* existencia, como la poseen los hombres y las cosas. Podemos transformar sus métodos, pero la Universidad será *siempre* el lugar donde se estudian *universalmente* los conocimientos y que constituye el “ayuntamiento de profesores y alumnos”.

Por lo demás, si la Universidad, en última instancia, es el semillero de pensamientos —incluso la investigación física y química ha de tener su origen en la idea y la meditación—, ¿cómo negar que el pensamiento antiguo está hoy tan vigente como hace dos mil quinientos años? *Mecánicamente* lo hemos transformado todo; pero cuando leemos a Platón nos admiramos todavía de su superioridad, sobre tantos y tantos plumíferos que se creen “amigos de la sabiduría”. Lo mismo acontece cuando contemplamos un cuadro de Leonardo o del Greco, e incluso un primitivo de Fra Angélico, ya que sentimos una emoción intensísima, jamás experimentada ante el cubismo o la llamada “pintura abstracta”, que hace delirar de gusto a... los *snoobs*.

Habrá, ciertamente, que *nacionalizar* el tipo de Universidad que escogamos —como acabó nacionalizándose la Constitución argentina de 1853 tomada de la de los Estados Unidos de América—; pero no podemos *inventar* una nueva por capricho... o para disimular el verdadero fin que nos proponemos, en esta época contraria a la verdad. Podemos basarnos en la Universidad intelectual o cultural europea, o en el modelo educativo-social de la anglo-sajona, que deshuesada y con variedades muy a menudo deleznable, se transplantó a Norteamérica. Con frecuencia la autonomía de esas Casas de Estudio del “gran país del norte” —como suelen decir aquí quienes admiran al que Rubén Darío llamó el “futuro invasor”— sólo existe de nombre. Están regidas por los comerciantes y “fuerzas vivas” que las sostienen con sus dólares y mandan en ellas con más despotismo que el Estado francés en las suyas. Para mí no cabe duda de que el único modelo que es susceptible de adaptarse aquí es la Universidad continental-europea.

10. *Menesteres de la Universidad*

No basta inclinarnos hacia este o aquel otro tipo de Universidad. Importa también que nos pongamos de acuerdo so-

bre sus menesteres. Podemos concretarlos en dos fundamentales, capaces de sustentar otros muchos en su doble base: a) la *creación intelectual* y b) la *docencia y formación de profesionales*.

11. La "investigación"

La Universidad *debe* tener como una de sus misiones la "creación intelectual", fórmula más amplia y exacta que la de "investigar", como dice muy correctamente Julián Marías, ya que solemos dar a la investigación un sentido más bien experimental, como el quehacer del físico, biólogo, químico, o más ceñido al dato, como en el caso del filólogo o del historiador. En la frase "creación intelectual" no sólo se comprende la tarea de "investigar", *sensu stricto*, sino también las de "meditar", "teorizar", "pensar"...

Se dice en la Argentina que es preciso *investigar* en la Universidad. Ya veremos como esto se adultera también. Pero antes digamos que la investigación no es exclusiva de la Universidad, y que incluso de ella suele excluirse al alumno novicio. Hay muchos grandes Institutos que están fuera de la Universidad o que dependen de ella del modo más flexible como, por ejemplo, el "Instituto Cajal" en España, donde ciertamente no iban los alumnos de primer año que estudiaban Histología. Recordemos, también, los laboratorios farmacológicos norteamericanos, de donde han salido los nuevos y eficaces medicamentos, y que nada tienen que ver con la Universidad, conforme antes señalamos.

Yo creo, sin embargo, que una Universidad digna de tal nombre, *tiene que investigar*. Pero a condición de... que se *investigue*. Cuando yo llegué a la Argentina en 1939, me encontré con que había "Seminarios" en la Universidad, e "Institutos de Altos Estudios". Pero en la Universidad en que entré entonces a enseñar, "investigaban" los muchachos de primero o segundo año, en *Seminarios de obligada asistencia*. El despropósito no podía ser mayor. El curso ordinario,

donde se forma el profesional, cuya mínima pericia debe garantizar el Estado en beneficio del futuro paciente o del eventual procesado, no era de concurrencia obligatoria y el estudiante de médico o de abogado podía hacer lo que le viniera en gana, hasta que se examinaba con profesores cuya mayoría era de extremada benevolencia. Pero el seminario de investigación, a pesar de que el investigar es lo más optativo que hay, lo más voluntario, y que exige dotes que no todos tienen —mejor dicho que poseen poquísimos—, se había hecho forzoso. Así acontecía que la investigación quedaba reducida a hacer papeletas, que si el estudiante tenía próspera posición económica, solía escribirlas una dactilógrafa a la que bastaba indicar de que párrafo a que línea tenía que copiar de tres o cuatro libros.

Con los “Institutos” ocurría algo semejante. Muchos de ellos tenían unos “Reglamentos” largos y completísimos con artículos, apartados, números, letras (mayúsculas y minúsculas), en los que se atribuían al Centro todos los fines imaginables: recoger la jurisprudencia, la bibliografía, hacer un nuevo Código, etc., etc. Nada de esto se cumplía. Y en alguno, no digo en todos, el Director iba dos o tres veces... al año: una para repartir los temas; otra para ver *como iba* el trabajo de los inscriptos y otra, a fines del curso, para recoger las papeletas y cuartillas que se archivaban sin más trámite. Siempre fuí enemigo de los reglamentos; pero desde entonces cuentan con toda mi antipatía.

Hay que investigar en la Universidad. Pero quienes tengan vocación de investigadores y conocimientos bastantes para la tarea. Cuando se encuentre un joven con vocación de sabio hay que guiarle, procurarle cuantos medios necesite y ponerle en camino de perfeccionarse en su altísima y noble tarea. Pero no falsificarla y decir que *está investigando* un muchacho de primero o segundo curso de la carrera, porque copie —a veces con faltas de ortografía— doce párrafos de tres libros escritos en castellano y al alcance de todos, puesto que desgraciadamente el noventa y cinco por ciento de los inscriptos en la

Facultad de Derecho —y acaso pase igual en todas las Facultades— sólo saben castellano y no han manejado más fuentes de información para su examen que los “apuntes” hechos —¡por desgracia!— en el Centro estudiantil, plagados de errores y de falsas teorías.

12. *La docencia y la formación profesional*

No sólo no debemos renunciar a que los profesionales se formen en la Universidad, sino proclamar que sólo ella puede constituir realmente su vivero. Ya se bien que los estudiantes y quienes demagógicamente les hacen coro, puesto que *no quieren* ir a la Universidad a estudiar sus carreras; vociferan en pro de la necesidad de investigar en ella y dan nula importancia al menester de que haga profesionales. Es preciso, por el contrario, decir que ésta es una de sus principales misiones, puesto que sólo en las aulas universitarias puede realmente formarse al profesional merecedor de ese título.

Formar profesionales no es enseñarles la mera práctica, que acaso un enfermero o un oficial de juzgado posee rutinariamente. Ni siquiera hacer simples técnicos. Hay que cuidar mucho de la cultura y de la ciencia, que un médico, un abogado, o un historiador deban poseer.

El profesional culto, el profesional científico, será además un hombre de ética en su carrera. La deontología solo puede sentirla el que tiene la dignidad de su oficio. La Universidad es la única que puede darle *Ciencia y Conciencia*.

13. *La función social*

Me hago cargo de que toco aquí uno de los más candentes temas que se manosean a diario por los que tratan de encontrar insensible a la Universidad, pero en realidad, como forma de racionalizar la ausencia de ella, su puntual y permanente inasistencia a clase. Es grave y feo decir: “no voy por-

que no me da la gana''; pero es hermoso y noble alegar: "no voy porque la Universidad no cumple sus fines sociales".

Ahora bien, el caso es que la *misión social* de una institución cualquiera no depende tanto del propósito de conseguir tal fin, como de que se cumpla el auténtico destino de ella, que *por eso mismo gana crédito, importancia e influjo social*. Cuando en los siglos XIII y XIV, la Universidad era el centro intelectual exclusivo, o cuando en el siglo XIX constituía el más importante en la cultura de un país, la Universidad tenía proyecciones sociales máximas. En cambio, cuando anquilosada en viejos postulados, o entumecida por embates de fuera, decae o se amilana, la Universidad carece de influencia en la sociedad de su tiempo.

En otro sentido, no negaremos que las Universidades inglesas, la de Oxford y la de Cambridge, tienen incluso hoy *funciones sociales*. Son enormemente conservadoras, pero poseen influjo social ya que hasta hace poco, en que, por suerte triunfaron los laboristas, las clases dirigentes británicas salían de la aristocracia formada en aquellas ciudades universitarias. Eden, tan bien vestido, tan acicalado, tan culto... y tan mediocre, no se concibe sin Eton, y sin ese Colegio no hubiese llegado a "Premier" en el decadente Imperio británico.

Cierto que los universitarios de hoy no deben desinteresarse de la educación y de la cultura, y no es menos exacto que las cuestiones sociales no han de estar ausentes de su preocupación. Pero mayor pecado que desinteresarse de ellas es adular este menester. No podemos decir que se cumple, porque los estudiantes funden un centro o departamento de extensión cultural, en que, por ejemplo, se evacuen consultas sobre qué marca de heladera es preferible...

Quiero recordar un episodio real que, por su absurdo, demuestra a donde nos conduce un camino extraviado. Un gran histólogo español, el continuador de Cajal, muerto en la Argentina hace más de un decenio, fué a un país hispanoamericano, que no he de nombrar, a hacer un curso sobre sus descubrimientos en la estructura del cerebro. Los diarios de aquel

lugar dijeron: "Si, será un sabio, pero no pone la Histología al alcance del pueblo". Era en los tiempos, harto próximos, en que la demagogia rezumbaba en los problemas universitarios. Yo veía a mi amigo, el histólogo, como aquellos pobres insuficientes de vista que, en los días de mi niñez, recorrían las calles madrileñas con un gran estandarte, en el que estaban pintados cuadros resumiendo el "crimen del día". El portador del cartelón, señalando con largo puntero la primera casilla, gritaba: "¡Mirad a la infeliz mujer confiada sin ver quien llega por detrás!" Y saltando al segundo cuadro, pintado con el estilo de los niños... o de los modernos pintores, seguía: "Llega el amante desdeñado furioso". Pasaba al tercer episodio: "Le clava por la espalda con fuerza bruta un puñal"... Veía yo, a mi sabio compatriota en la plaza de la ciudad aludida, con su estandarte en que se habían dibujado las neuronas, señalando la primera pintura y diciendo: "¡convenecéos, ciudadanos! No se trata de una red continua como creía Golgi ¡No!" Y pasando a los apuntes siguientes: "La red es discontinua. Mejor dicho cada neurona es autónoma y toca a la vecina por medio de los respectivos axones...". Y así seguiría, entre los aplausos de un público que sacaría de su eneseñanza en la plazuela... lo que el "negro en el sermón".

Cuidado con llegar a esos extremos, hijos del deseo de llenar el vacío que deja en las Universidades la ausencia del estudiantado, que busca como pretexto otros quehaceres. Lo primero es estudiar, porque de ahí deriva el título con que los jóvenes pretenden intervenir en todo. Estudiando e investigando adquirirá la Universidad el respeto común y el ansiado influjo en la sociedad.

V. REMEDIOS PARA LA CRISIS

14. La actitud discipular.

Insistamos en que es preciso remediar la crisis. Me atrevería a decir que lo que se necesita es construir las Universi-

dades hispanoamericanas que, salvo en contados casos, sólo existen de nombre. Si, como hemos dicho, la Universidad es “ayuntamiento de profesores y estudiantes”, a una y otra de estas partes integrantes hemos de referirnos. Los jóvenes creen que el mal está en aquéllos; los Profesores dicen que está en éstos. A mi juicio no es fácil hallar Catedráticos, pero, mal que bien, incluso mediante contrato, podrán hallarse docentes. Lo difícil es encontrar alumnos, en vista de que se niegan, por resistencia pasiva, a ir a clase.

Acontece un fenómeno curioso. Los mozos vociferan en pro de una Universidad perfecta, con sabios Profesores, con laboratorios magníficos, con bibliotecas colmadas de obras maestras. Pero luego hacen lo que muchos jóvenes matrimo- nios; alhajan su departamento, compran para el nido los muebles más cómodos y los adornos más preciosos... y pasan su vida fuera de la casa, en el bar, en las carreras, en el baile. Lo mismo hacen los estudiantes. ¿Para qué quieren una Uni- versidad maravillosa, con profesorado excelente, si no concu- rren a escuchar sus lecciones y dejan despobladas las aulas universitarias?

Es necesario, es evidente, que tiene que haber profesores con vocación docente, pero tiene que haber también estudian- tes con actitud discipular. Esta expresión, lejos de ser ofensiva representa, para mí, lo más noble en el aprendiz, pero creo que es difícil encontrarla en la Argentina ¿Me permiten una ané- dota más? Voy a contarla. Con mis mejores intenciones, al ha- cer —muchos años atrás— un prólogo a un amigo mío argen- tino, dije de él con propósito de elogio que había sido dis- cípulo del que entonces era un eminente maestro universitario. Se publicó el libro y con asombro mío leí una nota puesta por el propio autor prologado, en que se decía: “Jiménez de Asúa incurre en un error muy generalizado. Nunca fuí discípulo del Dr. X”. Y se traslucía en la rectificación una cierta molestia. En cambio yo me proclamo orgullosamente discípulo de Franz von Liszt, uno de los más grandes profesores alemanes que en-

señaba Derecho penal antes de la guerra y con el que estudié en Berlín, y de Constancio Bernaldo de Quirós, en cuyos libros me inicié en nuestra disciplina. Cuando cito sus nombres eximios, lo hago con voz temblorosa, porque siento la actitud del discípulo ante sus maestros. Sin ese sentimiento es imposible aprender. Lo mismo que no podemos curarnos cuando vamos al médico pensando que es un ignorante. Si llegamos a clase con la idea de que quien está explicando es un asno, es completamente imposible atender a lo que dice ni aprender nada de él. Pero aquí los jóvenes prefieren ser todo, autodidactos, improvisados, ignorantes, con tal de que no se diga que son discípulos de otro.

Debe llegar el estudiante a la Universidad en actitud discipular, de aprender, de pensar que es el maestro quien explica. Repito que esa actitud es muy difícil de lograr en los estudiantes argentinos. Eso de acercarse al Profesor, de preguntarle sobre la materia desarrollada, sobre la consulta de un libro, es, con una frase estudiantil, *olfaturismo*. Por cierto que se ha esparcido de tal forma la vil sospecha que también la sienten los Profesores. Hace muchos años iba yo —voy a nombrarle porque ya está muerto— con el Profesor Eusebio Gómez, gran maestro por cierto. Cuando salíamos de la Facultad se le acercó un estudiante. Gómez se encrespó para rechazar al estudiante, como un gato que se pone de uñas y con todos los pelos de punta. Pero, “¿por qué te has puesto así?” —hubo de indagar—. “¡Venía a olfatearme!”, contestó. Y lo dijo con la misma furia con que hubiese repelido un ataque o un insulto.

Esos recelos y desvíos tienen que cesar. El estudiante ha de saber que tiene que aproximarse al Profesor y el Profesor tiene que atender al estudiante, y mientras no haya aquel respetuoso acatamiento y esta convicción de enseñar, mientras no exista la actitud de recepción por parte del alumno y de transmisión del saber por parte del Catedrático, la Universidad sólo será un edificio despoblado y frío.

15. *El sistema de cuatrimestres*

El profesor Buonocore ha presentado un plan de cursos regulares, divididos en cuatrimestres. Acaso no sea aquí, en este clima, el régimen ideal; pero es mil veces mejor que lo que ocurre ahora. Suprimidos los exámenes mensuales, los estudiantes se niegan a renunciar a los de julio. El plan Buonocore pone de acuerdo a profesores y estudiantes en la enseñanza. Explicaré el porqué.

En una Universidad argentina —en la que yo tuve una experiencia que duró seis años— ocurría un fenómeno que me dejaba estupefacto. En el mes de julio se interrumpían los cursos e inmediatamente se hacían exámenes. Todos, o casi todos los estudiantes que asistían a clase —que por cierto eran bien pocos— se presentaban a los tribunales examinadores, y como la lenidad era habitual en ellos, solían pasar sin pena ni gloria. Al reanudarse las clases en agosto, se podía contemplar una nueva totalidad de rostros, pero el profesor no veía que las caras eran distintas, e impertérrito seguía el hilo de las explicaciones iniciadas en abril e interrumpidas en julio. Si, por ejemplo, había llegado a explicar la antijuricidad en general, comenzaba en agosto con las causas de justificación, sin hacer caso de que los nuevos alumnos desconocían cuanto se había dicho y que era absolutamente preciso para entender lo que se iba a desarrollar en la segunda parte del año.

¿Por qué —preguntaba yo— no se pondrán de acuerdo Profesores y estudiantes para establecer el régimen alemán de semestres (*Wintersemester* y *Sommersemester*)? Ahora Buonocore trata de armonizar a docentes y discentes con su propuesta de cuatrimestres, que debemos aplaudir.

16. *La inasistencia estudiantil*

La asistencia ha de ser regular y continúa. A veces he oído a un muchacho decir: “Yo le *asistí* al Profesor Z., durante los

dos meses en que preparé la materia''. Yo tenía deseos de indagar ¿Le *asistió* Vd.? ¿Es que Z. estaba enfermo y Vd. es estudiante de medicina o doctor en ella?''. Pero lo más frecuente es la *inasistencia*.

Es absolutamente imposible mantener la ficción, si queremos poner coto, en esta "época de ir contra la verdad", al aserto de que hay Universidad cuando los estudiantes no van a clase y sólo acuden al edificio que lleva tan pomposo nombre a pasar exámenes. En esa Universidad a que aludí, en la que hice las referidas experiencias, concurrían a clase ordinariamente ocho o diez estudiantes, incluso en aquellas materias explicadas por Profesores que los jóvenes consideraban excelentes. Después, en las diferentes convocatorias de exámenes (noviembre-diciembre, marzo y julio), se inscribían seiscientos muchachos en la misma asignatura en la que sólo concurrió a cátedra un uno por ciento. Se deduce de aquí, con irrefragable lógica, que se estima posible ser abogado sin ir a la Universidad, pues concurrir a examen no es más que *pasar* por ella en los más ingratos momentos.

Quienes somos enemigos de equívocos y amamos la lealtad con nosotros mismos y con el prójimo, pensamos: Si es posible ser abogado autodidacto, dediquemos la Facultad a otros menesteres: a altos estudios, a investigaciones auténticas, y obliguemos al futuro profesional, auto-preparado, a presentarse ante un riguroso tribunal que le examine a fondo —oralmente, por escrito y con casos prácticos— y constituido, no sólo por benévolo profesores, sino por abogados (o médicos en caso de tratarse de la Facultad de Medicina), con objeto de que el celo profesional ante el futuro competidor, no permita que aprueben los insuficientemente preparados.

Es esta una cuestión harto seria. La Sociedad ha confiado a las Universidades la formación de sus médicos, abogados, etc., en garantía de que la estilográfica con que escribe la receta no sea una ametralladora, ni el escrito del letrado, una

trampa contra el pobre litigante. La Sociedad quiere que los abogados que la Universidad habilite no pongan en peligro la fortuna del cliente o hagan peligrar su vida —pues aun hay países que conservan la pena de muerte—, enviando por torpeza al cadalso a un infeliz a quien su mandatario no supo defender. La Universidad está obligada a garantizar, ante la sociedad, el título que expide. Por eso, si los alumnos no quieren aprender con sus Profesores, los exámenes tienen que ser severos como los que se harán en este curso, como medio de iniciar el combate contra la decadencia de la Universidad. Y sirva ello de leal advertencia, señores estudiantes.

Serán muchos quienes, en defensa de lo usadero, proclamen que todo esto es reaccionario, conservador, troglodítico. Pero yo que hace dieciocho años que me hallo fuera de mi patria por defender —¡y no con mentidas palabras!— la libertad, el progreso y la democracia, me encojo de hombros ante esos apelativos.

17. *El profesorado*

Los profesores son malos, claman los estudiantes. Acaso sea cierto, puesto que me incluyo entre ellos. Habrá que contratar, cuando no se encuentren buenos en el país, a docentes extranjeros, y sobre todo formarlos. Lo mejor es enviar a las naciones de más alta cultura a jóvenes de vocación verdadera para que estudien una disciplina y aprendan a enseñarla, en las más acreditadas Universidades del exterior. Entre tanto señalemos dos tremendas incongruencias. Primera: si no hay profesores ¿para qué crear más Universidades y nuevas Facultades? Segunda: Hay casos —señalemos alguno sin mentar nombres—, en que los propios estudiantes reconocen la existencia de catedráticos preparados y hábiles para transmitir lo que saben en una determinada cátedra, explicada por dos Profesores del primer año, en que existen siete mil matriculados. Pues bien, ese mag-

nífico Profesor sólo tiene *cientos* concurrentes a su aula. Por eso me permití decir que es más grave el problema estudiantil de inasistencia, que el hallazgo de maestros capaces.

18. *Las amargas verdades*

Soy ante todo y sobre todo —antes que nada— un universitario y por eso estos problemas me acongojan. Acudí, en consecuencia, al requerimiento del doctor Buonocore para decir la verdad tal cual es. Quizá a mí mismo, al paladearla, me sepa más amarga que a quienes la oyen; pero esta es la verdad, la auténtica verdad de las Universidades argentinas. En las manos de ustedes está el rehacerlas poco a poco sin desmedidas ambiciones, porque por lo mismo que la Universidad está en el mundo en crisis es preciso que no creemos muchas de estas altas Casas y que rehagamos las existentes con sumo tiento. Con provisionalidad en los planes y nuevos métodos, dispuestos a volver atrás si nos hemos equivocado, a reconocer que los programas no son perfectos y a prescindir de esos reglamentos de papel, con una serie de números romanos y arábigos, fracciones de letras mayúsculas y minúsculas, primas y segundas. Todo eso seduce al verlo, pero queda inútil en la práctica.

Estamos en trance de empezar a andar con la torpeza con que camina el niño. Dice Rodolfo von Ihering que la única manera que tienen los gatitos de aprender a andar, es cayéndose por las escaleras. La única manera que tenemos de saber si acertamos o no, es tropezar, porque —y ya también lo dijo un gran psicólogo: Adler— en sentirnos inferiores y querer ser superiores está, precisamente, el *quid* del progreso del hombre. En no ser ambicioso en los planes y si serlo enormemente en su realización, en saber que comenzamos imperfectamente y que podemos perfeccionar nuestra obra, está el secreto del éxito. No encubrais, jóvenes amigos, designios torcidos con palabras nobles. Sed sencillos y recordad siempre

unas frases que constantemente repetía Unamuno, aunque fueran ajenas: “¡Llaneza, muchachos! ¡Llaneza!” (1).

LUIS JIMENEZ DE ASUA

(1) Después de pronunciada esta conferencia ha visto la luz un artículo sobremanera interesante de FRANCISCO AYALA, *Universidad y Sociedad de masas*, inserto en el suplemento dominical de *La Nación* (de Buenos Aires) correspondiente al día 7 de abril de 1957. Deliberadamente no he citado Bibliografía en mi disertación, aunque he tenido varias obras muy presentes y hasta me he inspirado de manera fundamental en dos trabajos insignes: el de JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Misión de la Universidad*, Madrid, Ediciones Revista de Occidente, 1930, y el de JULIÁN MARÍAS, *La Universidad, realidad problemática*, Santiago de Chile, Cruz del Sur, 1953. Prescindo de citar recientes conferencias pronunciadas en la Argentina, porque, si bien siento amistad y alta estima por alguno de los disertantes, creo que, acaso sin quererlo, “hacen el juego” a los interesados en mantener la actual demagogia universitaria, al perderse en ambiciosas perspectivas y no abordar los temas más graves. A este género pertenece el artículo, de un autor mucho menos notorio, del que hemos citado en el texto una frase puesta entre comillas, GERARDO A. ANDUJAR, *Trayectoria del movimiento universitario* (inserto en *Liberalis* de Buenos Aires, núm. 37, setiembre 1956, págs. 13-18). Sin embargo, diré ahora dos palabras sobre el ensayo de Ayala, puesto que fué Profesor de esta Facultad de Santa Fe. Está en lo cierto cuando al referirse a la Argentina lamenta que se emplace todavía el problema universitario “dentro de los términos del estricto juego político y como una parte de él; por lo tanto en forma inconducente”; y la persistencia “en las actividades demagógicas que, cualesquiera sean las palabras, los lemas, los gritos y las personas, resulta incompatible con todo principio de educación superior”. En cambio, no solo creo que Ayala huye de presentar soluciones, después de haber encarado admirablemente los problemas, sino que, acaso como consecuencia de sus convicciones político-sociales, contemporiza en exceso con la masa. No es que sienta por ella devoción, sino que piensa que nos impide acudir a remedios que la contraríen. Todo consiste, a mi juicio, en qué planos tenemos que estimular el avance de una masa, sin transformarla previamente al menos en multitud disciplinada, o mejor en comunidad. Desde que José Ortega y Gasset escribió su obra *La rebelión de las masas*, sabemos bien que no hay que confundir “masa” con “proletariado”. Puede haber una “masa” de abogados que desee gobernar en vez del Decano competente y los mejores vocales, y una

“masa” de estudiantes que se arroge el gobierno de la Universidad. Lo característico de la masa —dice Ortega— es que ‘el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone donde quiera’ (pág. 47). Es la “hiperdemocracia” de la que habló también nuestro gran filósofo, y a mí, convencido socialista, me basta con la *democracia verdadera*. Si hay un lugar en que no puede ni debe imponerse la “masa” es en la Universidad. Y la resistencia a los exámenes de ingreso, a los cursos preparatorios, a la asistencia a clase, a la actitud discipular, no es otra cosa que el afán de la “masa” de que triunfe su vulgaridad. No acepto que se me diga que todo esto es para que los “desheredados de la fortuna” tengan acceso a los claustros universitarios. No puedo concebir que para ello decapitemos a la Universidad y la hagamos reducto de vulgaridades. Pero además afirmo que esa es otra de las cortinas de humo que tienden quienes desean seguir siendo estudiantes sin estudio. En primer término porque nada les ha impedido en la Argentina a los hijos de proletarios hacer una carrera. Un porcentaje abrumador de los médicos o de los abogados de hoy son hijos de inmigrantes que vinieron a trabajar en la tierra, en los comercios ciudadanos o en las fábricas suburbanas. En segundo lugar, porque hay otros muchos medios, tales como las casas o residencias de estudiantes, costeadas por la Provincia o el Estado, así como las becas para los que acrediten pobreza, teniendo capacidad intelectual, vocación y laboriosidad. Pero, sobre todo, porque en el fondo, la cortina de humo oculta el deseo, radicalmente anti-socialista, de *se declasser* hacia arriba, por afán de ser burgués y rico, con los honorarios que se extraen al infeliz enfermo o al litigante incauto. Para mí, socialista auténtico, no hay diferencia, en cuanto al respeto que merecen y a la eficacia social conjunta que armónicamente presan, entre un abogado y un carpintero, siempre que uno y otro sean honrados y amén su oficio. Por eso prefiero mil veces que el hijo de un metalúrgico sea un *buen* obrero, como su padre, que verle convertido, por esas facilidades antiuniversitarias, en cirujano *improvisado*, que sólo hizo la carrera con fines lucrativos, procurando a su afilado bisturí la doble función de incidir las carnes enfermas y los bolsillos de su paciente, sin importarle que quede en la miseria y tal vez con un pedazo de gasa dentro, por el deseo del galeno de acabar de prisa la intervención para correr a los placeres que tan caros pagan... sus enfermos.

